

ALFONSO SALAZAR

EL DETECTIVE DEL ZAIDÍN

UNA NOVELA NEGRA LLENA DE HUMOR



Matías Verdón incumple todos los requisitos que definen a un detective de película: es un entrañable cincuentón aficionado a la bebida que no sobresale por su inteligencia ni por su instinto. Su ayudante, el Desastres, sólo aporta un poco más de simpatía a esta pareja de investigadores del granadino barrio del Zaidín. ¿Podrán con tan escasa capacidad resolver dos extrañas muertes que se han sucedido en Granada?

Salazar consigue crear un argumento intrigante en un contexto muy original. «El detective del Zaidín» aporta un toque costumbrista nada habitual en la novela negra. El humor es una constante a lo largo de esta novela.

1

El hombre estaba encaramado al alféizar. Asomaba la cabeza rapada y miraba hacia abajo la gran atracción del abismo. Los veinte metros largos que le separaban del suelo del patio estaban llamándolo. El sol de primavera había irrumpido desde aquella mañana. El aire de la sierra le redondeaba su calva y le regalaba cierto sabor dulce en los labios secos.

—¿Pueden ustedes determinar que allí arriba tenemos un claro ejemplo de esquizofrenia? Anoten: la tendencia al suicidio se asocia con problemas de soledad, abandono psicológico en la infancia, drogadicción, enfermedades graves, etcétera, etcétera. Y en pacientes psiquiátricos es muy común tras ser dados de alta. No es el caso. Será incapaz de saltar. Nos lo ha hecho muchas veces.

Don Sebastián Aragón, profesor, pontificaba para un escaso grupo de alumnos de psiquiatría que tomaba nota de cada una de sus palabras. Señaló de nuevo hacia la figura de ave engarzada al pretil. El hombre de arriba movía los brazos, intentaba volar.

—... soledad, repito, aislamiento social, ancianos, jubilados, viudos y viudas, separados, solteros, desempleados, amargados en general, divorciados, por ausencia de progenitores, sean huérfanos o niños abandonados a su suerte, etcétera, etcétera, abandono en la infancia, repito, o en la adolescencia, hogares desestructurados, fracasos en los proyectos de vida. Como ven ustedes, casi todo el mundo... No hay quien escape a la definición. —El profesor rio

su propia gracia mirando al cielo—. Pérdida de sus antiguos valores sin haber logrado adquirir aún otros nuevos, etcétera, etcétera, desesperanza extrema y, finalmente, suicidio. —Don Sebastián hablaba despacio, dando tiempo a la toma de los apresurados apuntes—. Fíjense en el movimiento de brazos. Quiere volar: un ejemplo de ausencia de maduración. Diga, Pareja García, ¿está de acuerdo con el diagnóstico? Calle, Pareja García, calle, no va a aportar nada a estas alturas de curso. —Señaló la altura del edificio y volvió a reír, solo, su gracia—. Muchos quieren volar. Cosas de loco. —El profesor carraspeó y se puso la mano como visera para que el sol, que peleaba todavía con las nubes, no le impidiese observar con atención al individuo que amenazaba con volar definitivamente—. No pierdan puntada. Ahora se pondrá de pie, inspirará profundamente, graznará como un cuervo y moverá los brazos con más fuerza, como tomando impulso. Y en pocos minutos, en el proceso de su rito, comenzará a gritar: «¡Vuelo, vuelo!». Ellos creen que pueden manejarnos. Nosotros los manejamos a ellos: es nuestra responsabilidad. Si no es así, mis queridos alumnos, están ustedes perdidos, serán un juguete en manos de majaretas. Nosotros somos los que decidimos todo. Hasta la vida, o la muerte.

El hombre, tal y como había indicado el profesor, se alzó y miró hacia el Mulhacén, majestuoso, coronado de nieve. Aleteó, ya de pie, y se colocó al pie del abismo.

—Que oyen voces, les dirán. A ver, usted, Mendoza Casquillo, que le veo inquieto. ¿Se atreve a opinar sobre mi diagnóstico?

Mendoza Casquillo, estudiante poco brillante de último curso, sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y se lo pasó entre el flequillo y las gafas, como si verdaderamente hiciese calor. El patio, iluminado, con dos o tres internos que paseaban uniformados y recogiendo la basura de las esquinas, se le mostró como una enorme lápida. Un hombrecillo,

otro interno, sin duda, abría sus brazos al pie del edificio, como quien propone una mínima lona de bomberos.

—Me va a perdonar usted, don Sebastián —dijo el estudiante—, apuntaría síntomas menos sociológicos. Qué sé yo, alcoholismo, melancolía, alienación... pero vamos, que a mí me parece que ese tipo se va a tirar... ¿No sería más conveniente dar aviso a los celadores?

—¿Los celadores, Casquillo? Allí están, bajo el chaparral. En cosas más importantes. Esta escenita, esta llamada de atención sucede día sí, día también. Estamos acostumbrados. No entra en los cánones. El suicidio es un acto propio y exclusivo de decisión existencial y situacional de la víctima. Se lo digo yo, que sé de esto un rato... Si se deja llevar por las apariencias, y aplica los libros sin ton ni son, entra en el juego del paciente, que no es tonto, y usted está perdido. Pero, ya les digo, para eso vienen ustedes aquí: es mi paciente, y yo lo conozco. Es mi santa voluntad y, por eso, ustedes apuntan notas. Más tesón, más firmeza, Casquillo, coño. —El profesor hizo con sus manos un corto tubo que se encajó en la boca para gritar con fuerza—. ¡Don Francisco Antolín! ¡Don Francisco Antolín! ¡Ya vale, ya le hemos visto! ¡Baje y le daremos la merienda! Ve usted, Casquillo —dijo don Sebastián girándose hacia el alumno—, ahora bajará con tranquilidad, se ha dado su baño de gloria. ¿Qué le ocurre, Casquillo? Está pálido, se le ha quedado un grito, como injerto, en la garganta.

El hombre volaba. Los locos que recogían la basura miraron en silencio, chasquearon la lengua y bajaron la cabeza siguiendo el vuelo imposible. La lona imaginaria que tendió aquel otro hombrecillo no sirvió de nada. Mendoza Casquillo también cayó al suelo, desde menos altura. Francisco Antolín era papilla ante los ojos sorprendidos de don Sebastián Aragón Acosta.

2

La ciudad se envolvía en el aroma dulzón del incienso barato. Las bandas de tambores y cornetas estrujaban sus últimos ensayos en las rotondas, bajo los poderosos puentes de hormigón de la carretera de circunvalación. El Ayuntamiento levantó una enorme grada en su plaza principal que servía de tribuna, desde donde las familias acaudaladas, los aficionados entusiastas y algún que otro turista se verían, uno tras otro, los cuarenta y tantos pasos con sus correspondientes obras de imaginería barroca, o simulada, que desfilarían en la Semana Santa, Semana del Mayor Dolor, de la ciudad de Granada.

Aquella primavera de 1992 traía consigo la inauguración de la Exposición Universal de Sevilla, donde su Semana Santa, medida universal de todas las semanas santas del mundo, estaba a punto de iniciarse. Granada se contentaba con la migaja de obras faraónicas que traía la conmemoración: un cinturón semicircular circunvalatorio y una autovía que le comunicaba con la capital andaluza. Las inversiones de la EXPO92 se quedaron en un refilón de la fortuna, aunque el gobierno autonómico andaluz vendiese el humo de la modernización, del paso definitivo hacia el futuro: un futuro plomizo como aquel Viernes de Dolores. Un futuro que nunca se sabría dónde terminaba, pero que tenía fecha de inicio, el 20 de abril de 1992, inauguración del recinto expositivo en la Isla de la Cartuja, con rey de España incluido y parafernalia.

El barrio granadino del Zaidín era una aglomeración de gente, más perteneciente a un pasado de estrecheces que al futuro glorioso, que se levantaba sobre parte de la antigua Vega granadina. Allí llegaron en los años cincuenta trabajadores de toda la provincia —«trabajadores de toda la provincia, uníos», decía en el Bar Gabriel el Sandokán, sindicalista persistente—, lo que provocó alta demanda inmobiliaria: cuchitriles donde criar a cinco churumbeles renegridos, y luego, qué remedio, reclamaron asfalto y hasta bibliotecas y carriles bici. Híbrido cruce, en fin, de un ambiente parecido al que aún tenían los pueblos del cinturón, con veta de suburbio.

Transitaba el barrio entre el paso definitivo a la vida pudiente de las hipotecas y la mirada atrás, tan atrás como cuando sólo se servía pollo dos veces al año, se almorzaban sobras de fin de semana el lunes, se fumaba caldo de gallina y la felicidad costaba muy poco. El Zaidín, bienaventurado, ensanchó sus límites y aquel año 1992, como la EX-PO, sería crucial, inolvidable: el año en que se construyó el Palacio de Congresos, se inauguró la Circunvalación de Granada y se levantó ante su jeta de barrio un muro que servía de parapeto al soterramiento de parte de la carretera principal. Eso sí, ahora que toda Europa echaba los muros abajo, aquí se levantaban.

Pepe *el Dientes* era ajeno a todos los ires y venires de ese futuro por mitad de la Avenida. En invierno desempolvaba un nacimiento mecánico, completo, con su niño Jesús saludando a los chiquillos. Su mula girando alrededor de un pozo imaginario. El agua corriendo en un circuito cerrado. El sol y la luna alternándose en la parte alta. Era un carro que heredó de su padre, cuyo atrezo él mismo repasaba de pintura y le daba algún arreglillo a las miniaturas llegado el mes de noviembre, para su puesta a punto. El resto del año paseaba su culo blandengue por los bares de la Avenida sin un lugar preciso donde dejarlo reposar. Se acompañaba entonces, llegada la temporada alta, de un cartelón escrito

a mano donde, a tenor de las fechas, anunciaba módicos viajes a los Carnavales de Cádiz en el mes de febrero, al Rocío onubense para Pentecostés, viajes a la Costa del Sol en verano y desplazamientos a Sevilla en Semana Santa, ida y vuelta, autobús pullman, con todas las comodidades y almuerzo en carretera, dos mil pesetas.

Una vez al mes, se dedicaba al trasiego por la Europa más cercana, con viajes a Portugal para comprar toallas y juegos de cama, o a Gibraltar para cargar los bajos del autobús de güisqui y tabaco de contrabando. Entre viaje y viaje se agenciaba la rifa de un jamón, un peluche gigante o un cartón de Winston, para ir trampeando. Con su cartel en una mano y un taburete de tijera en la otra se paseaba por la Avenida, entraba en los bares y las tiendas para charlar con los vecinos y pregonaba la rifa del día o las diversiones: los climas exóticos y las tradiciones ancestrales que ofrecían sus viajes.

Pepe *el Dientes* era el único agente de viajes del barrio, una especie de Marco Polo de botijo y fiambarrera de mortadela y biscote, que acompañaba en casi todos los desplazamientos a sus clientes, ya fuese por darse un garbeo y visitar algún bar de putas caras de Marbella o para negociar, en persona, el cargamento de cajas de tabaco rubio americano en el Peñón.

Aquella mañana en que pregonaba el inminente viaje a la Semana Grande sevillana, no sólo ofrecía Domingo de Resurrección con tarde de pipas de girasol e incienso a la vera del Guadalquivir, sino que proporcionaba entradas de lunes de pascua y postresurrección al recinto de la EXPO, que estaba a pique de un repique, y billetes para la corrida de toros que Antoñete ofrecería en la Maestranza.

Matías Verdón, exfontanero y ahora detective, estuvo a punto de comprar uno de aquellos boletos que lo sacaran del barrio. Intentó animar a su eterno acompañante, el ilustre cartero y futuro conductor de coches fúnebres Desastres, para hacerse los doscientos cincuenta kilómetros ca-

mino de Sevilla y marcharse a la EXPO de países lejanos, donde visitar los pabellones de Australia y de Japón, disfrutar de la visión licenciosa de las estanterías de quesos de Francia y Holanda, danzar en las celebraciones del año del dragón chino, admirar los cohetes traídos del Houston americano, palpitar con los zumbidos de tamtan del África negra, fantasear con los cuerpos de las mulatas de desfiles de samba y dejarse el estómago hecho pedazos con unas fajitas picantes de México. Tuvo que explicar al Desastres lo que era la Exposición Universal de Sevilla, que confundía, el pobre bruto, con la Feria de Muestras de los Pueblos de la Provincia que cada año tenía lugar en la muy cercana población de Armilla.

—Una Feria de Muestras, pero del copón. —Fue la definición que Matías Verdón encontró y que comprendió el Desastres—. Con gente de todo el mundo, en pabellones, que son como naves industriales de una sola cosa. Pero kilómetros y kilómetros de pabellones. Que te metes allí, Desastres, y ni en un día te da tiempo a verlo todo.

—Como la Alhambra —contestó melancólico.

—Pues sí, como la Alhambra, pero no todo de moros. Qué va. De todos los países del mundo, te he dicho.

—Digo como la Alhambra, que no te da tiempo a verla toda en un día. Eso dijo el Nueva York Irving.

—Washington Irving, Desastres. Washington: otra ciudad.

La conversación y la imaginación reclamaron rellenar las copas —«vinos del mundo, uníos», diría en el Bar Gabriel el Poeta— y Verdón, investigador privado de tres al cuarto, con los bolsillos pelados y la barriga inflada, movió el bigote en dirección a Bernardo, camarero que, hacendoso, vertió moscatel y fino a dos manos en los catavinos de la pareja. Degustó el ligadillo Verdón como quien está probando los mejores vinos italianos y chascó la lengua despegándola del paladar:

—Gente de todo el mundo, Desastres, del mundo mundial. De África, de América, de Europa, de Asia, hasta de las antípodas. De los cinco continentes y de los siete mares...

—Como el Mundial, pero sin fútbol.

—Eso es, Desastres, como el Mundial, pero sin fútbol y durante seis meses.

—Pues no sé yo para que sirve un Mundial sin fútbol durante medio año.

3

A Sebastián Aragón Villegas, gerente del psiquiátrico, le llegó el tufo de dragón del subinspector Domínguez. El tufo era prodigiosa mixtura de olor podrido de brandy 103 mezclado con caries de antes de la transición. Domínguez había optado recientemente por no reformarse. Estaba a punto de emparentarse para siempre con la viuda Mariángeles, que le dejaba desde hacía años la ropa como los ángeles mismos, que le ponía un plato a la mesa y le calentaba la cama ofreciéndole un enorme trasero mirando a La Meca.

Pero Domínguez era carne de perro: brincaba en los años para evitar el matrimonio y la paciencia consumida, el desamor pasajero de la viuda de sus desvelos le devolvían habitualmente al bar de sus desgracias: El Santuario, en el que presidían unas botellas de Fino Dos Cojones con la efigie de Francisco Franco, Caudillo por la gracia de Dios, en pose triunfal y varios escudos preconstitucionales por las paredes. Además, el bar estaba frente a comisaría. Un lugar ideal donde podía pavonear con los nuevos chicos del PP —a los que había aleccionado cuando mozalbetes dirigiendo la banda de la OJE— y chulear a los nuevos chavales de la policía, que se presentaban con la Constitución aprendida de pe a pa, los incautos.

Al subinspector le habían chafado la mañana y el caso amenazaba con estropearle todo un mes. Le acompañaba Machuca, el demócrata. Observó la línea de cal que acogió el cuerpo menudo de Francisco Antolín. La cabeza había

estallado en el terrazo del patio. Como un aura en el dibujo de la cabeza, de la cal salían unos hilillos que querían escapar, resecos y sanguinolentos, como una melena eléctrica, de loco.

El gerente, un meapilas de treinta y pocos años, tomó media compostura. Estaba en su despacho. Ningún policía borrachín le iba a calentar antes de desayunar. Se incorporó en el sillón acolchado y se ajustó el polo azul marino con el reborde de la bandera española en el cuello y un cocodrilo pocho a la altura del corazón. Pensó que la bandera conectaría con el inconsciente del inspector: conocía la madera de esos tipos.

—Yo no me he caído de un guindo y este tipo se ha caído de un tejado: usted me da los papeles donde diga que el tipo estaba rematadamente loco, y punto. Aquí se acabó el asunto. Pero que no venga nadie a tocarme los cojones con que si no sabe si al chalado lo empujaron. ¿Me entiende? El tipo se tiró y ni Dios estaba en los alrededores, y yo necesito para eso (porque de asuntos de locos no quiero saber y quiero dar carpetazo) que me dé los papeles del majara para el informe, y sanseacabó.

—Los papeles están, subinspector —dijo el gerente—. Lo sucedido es un riesgo que siempre puede acontecer. Pero el caso es que el loco lo hacía todos los días, y yo no dudo: nadie lo empujó. Y no me miente a Dios, usted... Sepa que Dios está en todos lados, y también acompañarán sus ángeles al pobre fallecido. Le digo que lo hacía todos los días, e incluso era tomado como ejemplo evidente de desequilibrio. Y le digo esto, y le doy los papeles, para que entienda usted que lo veíamos venir. A mí no me busquen tres pies. Y no se me escame, pero nunca se sabe dónde salta la liebre y uno hace lo que puede.

—Pues ya sabe, doctorcete, que las liebres le saltan por el tejado —dijo el subinspector con media sonrisa de dientes cariados tirando de la carpeta que ofrecía el meapilas.

—Pero hay otra cosa —dijo el gerente intentando relajarse—, y es una cosa que no sé dónde puede ir a parar. La «cosa» es que ya han venido a hablarme del tema antes de venir usted. Y eso que avisamos primero a ustedes. No mereció la pena ni que se afanase el forense: el loco estaba literalmente licuado en el suelo. Pero se les han adelantado y el asunto no me gusta un pelo. Vino un tipo gordo preguntando por el muerto. No, no era abogado —dijo el gerente adelantándose al pensamiento del inspector—, por los modales lo digo. Dijo llamarse Matías Verdón y venir en nombre de la familia. Va a abrir una investigación, por su cuenta. Y a mí, que le pisen terreno a la policía, no me hace gracia, y a usted por la cara que pone, tampoco. Me dejó su tarjeta, y el individuo se hace denominar «Detective Privado». Fíjese, un detective del barrio del Zaidín. Qué insensatez.

Domínguez encendió un Ducados con tal de no darse un apretón en las pelotas.

—Usted no se preocupe, que del gordo ese ya me encargo yo. ¿Le dijo en virtud de qué gilipollez se presenta por parte de la familia?

—Vino con otro tipo, un escuchimizado que lloraba mucho y decía ser sobrino del loco.

—El Desastres, otro tarado —dijo el subinspector llevándose el dragón de 103 a otro sitio.

4

La doctora Sacramento entró en el comedor. Los internos de la mesa cinco se arrojaban la comida utilizando los tenedores como catapultas. Las albóndigas (aquel día tocaba un buen proyectil) alcanzaban las mesas colindantes. Y había quien la recibía con molestia y la pisoteaba y quien creía que era un maná llegado del cielo y la engullía al vuelo.

Se acercó a Cuco Romero, ingresado en un principio lejano como alcohólico en la habitación 301 y diagnosticado como psicótico. Siempre prefería dormir en una celda de castigo, aun sin castigo, e ingresó hacía mucho tiempo para pasar el mono a base de inyecciones de vitamina B y pico y mucho cariño de enfermera. Estaba ajado como un geranio en el balcón del Poeta.

La doctora revisó con calma la dosis de tranquilizantes en el *dossier*. «Cuco Romero, alias de Pedro Romero Sánchez, compañero sin nadie en la celda, dueño de una radio del 36 que intentaba hacer funcionar día sí y día no para oír el parte de guerra. Tres chutes por día».

Nada más que reseñar. El manicomio parecía el cuartel de los últimos de Filipinas. La anunciada reforma sanitaria dispersaba a los internos por la ciudad, y allí quedaban las piezas imprescindibles del museo. Cuco Romero era un histórico, un caso de difícil ubicación y un fracaso ostensible si se le dejaba un palmo de calle libre. No hacía dos años, el Poeta, huésped ocasional del psiquiátrico, consiguió convencer a un supuesto técnico electrónico recién ingresado que se acercase a la habitación 301 para poner en funcio-

namiento la antigua radio de Cuco. Allí fue la comitiva de internos, uno detrás de otro, coreando con ahínco frases insensatas. Llegaron a la celda de Cuco, un pobre rapado de cuarenta kilos de peso en metro y medio, que yacía en su cama de castigo, sobre la madera dura, como un asceta mareando su ayuno. El supuesto electrónico sacó un destornillador de la canilla, ajustado con una goma, que no había percibido el vigilante de turno. Metió mano a la radio. A los cinco minutos se oían voces lejanas, tibiamente. De inmediato aquello chisporroteó. Cuando las llamas llegaron al techo, los celadores intentaban sacar a Cuco de su euforia y el fuego, entre gritos de: «¡Funciona! ¡Funciona! ¡Queipo de Llano abandona Sevilla!».

Tenía aún la marca a fuego en la cara, una radio achicharrada que conservaba y la mirada más perdida. Ya no era el alcohol: sino un lugar recóndito donde habitaba el alma de Cuco Romero. Sólo Paco Antolín lo sacaba de su atonía. Iban juntos a misa y simulaban tocarse los genitales ante las internas del pabellón femenino. Eran inseparables. Excepto en el tejado: cuando Paco Antolín daba su recital de cuervo en posición de abrir las alas y volar, Cuco Romero lo esperaba abajo, abría los brazos esperando recoger el vuelo del amigo, como tenían acordado.

Desde la caída fatal de Antolín, Cuco andaba marchito, sin nada que hacer en el patio por las mañanas. Sacramento recibió el refilón de una albóndiga en el rímel de los ojos cuando estaba a punto de sentarse junto al indolente Cuco.

—Cuco, Cuquito —dijo la médico, que sacó cariño de donde no lo tenía y depositó con clase la albóndiga en el borde del plato—, alegra esa cara, hijo, que la vida no se acaba.

El loco miró con ojos perdidos a Sacramento y sus ojos bajaron de la mancha de salsa, que aún quedaba en su cara, al pecho redondo de la psiquiatra.

—Dame teta, doctora, y me pongo bueno —tartamudeó Cuco con cara de niño travieso.